



Homilía por el culto dominical

Domingo 25 de junio de 2023

Obispo Dr. Heinrich Bedford-Strohm

“Verán el cielo abierto y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre”.

Queridos hermanos y hermanas, no puedo imaginar unas palabras más hermosas en este día y en este lugar tan especial. ¡Qué promesa! ¡Qué consuelo! ¡Qué esperanza en un mundo que tan a menudo nos hace sentir que el cielo está cerrado!

Cuando se fundó el CMI hace 75 años en Ámsterdam, este sentimiento de que el cielo estaba cerrado estaba muy presente. Sesenta millones de personas habían muerto en aquella guerra agresiva iniciada por la Alemania nazi. Seis millones de judíos y judías habían sido brutalmente asesinados en campos de concentración y cámaras de gas. Hablo aquí como alemán avergonzado por el fracaso del testimonio cristiano en mi país ante todas estas crueldades. Las iglesias cristianas de Alemania no se habían pronunciaron en contra de esta guerra. La mayoría de sus representantes legitimaron religiosamente y siguieron a una ideología de Estado que entraba en profunda contradicción con la fe cristiana. No hubo ángeles que vinieran del cielo, sino bombas que mataron a un número incalculable de niños, niñas, hombres y mujeres. La cristiandad alemana fracasó en su intento de ser la sal de la tierra y la luz del mundo. En su lugar, las iglesias alemanas se convirtieron en testigos de la muerte y la oscuridad.

Mis padres me educaron en un espíritu de “¡Nunca más!”. Nunca más mirar hacia otro lado cuando se cometen injusticias y se incita al odio. Por eso, el Consejo Mundial de Iglesias fue para mí, desde mi juventud, un signo de esperanza. La reconciliación fue, desde que comenzó a existir el CMI, parte de su ADN. La gente se reunió en Ámsterdam, en 1948, con el claro propósito de unir a las iglesias del mundo y convertirlas en un instrumento de paz. Declararon claramente que la guerra contraviene la voluntad de Dios y que nuestra tarea como cristianos y cristianas es precisamente la de superar el nacionalismo y otras formas de división entre los pueblos, que acababan provocar esa terrible guerra mundial que se cobró tantos millones de víctimas.

Se comprometieron a orar y escuchar a Cristo y anteponer a Cristo ante cualquier otra lealtad en el futuro. Y eso significa cuidar a los demás, cuidar al mundo. Ya entonces afirmaron lo que la conferencia mundial sobre misión de Arusha volvió a subrayar en 2018: el servicio a Cristo está intrínsecamente relacionado con el servicio al mundo.

¿Y dónde nos encontramos ahora? ¿Hemos estado a la altura del legado de Ámsterdam? ¿Acaso realmente somos, como iglesias, un instrumento de paz en todos los conflictos armados de este planeta? Ojalá la respuesta fuera un rotundo "sí". Pero no es así. Con demasiada frecuencia, seguimos anteponiendo nuestras lealtades nacionales o políticas a nuestra lealtad a Cristo, y a veces ni siquiera nos damos cuenta. Por eso tenemos que escuchar una y otra vez el testimonio bíblico sobre Cristo.

Esa es la clave; es la clave absoluta. Es el camino, la verdad y la vida. Está claro, después de todo, lo que Jesús nos dice: ven conmigo. Déjame acompañarte, entra en comunión conmigo: así verás el cielo abierto.

¿Por qué dudamos a la hora de aceptar claramente esta invitación, de confiar realmente y por completo en Cristo, de poner realmente nuestras vidas en sus manos? La historia de hoy sobre Felipe y Natanael me parece tan poderosa precisamente porque capta esta vacilación nos es tan familiar. Felipe, uno de los discípulos de Jesús, le dice a Natanael: “Hemos encontrado a aquel de quien Moisés escribió en la Ley y también en los Profetas: a Jesús de Nazaret, hijo de José”. Natanael reacciona a este mensaje inicialmente con escepticismo: “¿De Nazaret puede haber algo de bueno?”. Natanael no dice: “¿Has encontrado al Mesías? ¡Llévame hasta él! Vayamos inmediatamente”. Por el contrario, reacciona distante, con un tono casi burlón: “¿Qué dices? ¿De Nazaret, ese pequeño nido provinciano de Galilea, del que casi nadie ha oído hablar, se supone que vendrá el Mesías? Ni tú mismo te lo crees”.

Realmente resulta impertinente creer que ese hombre de una pequeña aldea de un pequeño país de Oriente Medio, que ese hombre, es el salvador del mundo, que con él ha venido al mundo algo nuevo, algo que cambia nuestra vida; y no sólo nuestra vida, sino la vida del mundo entero. Y las dudas corroen aún más cuando vemos todo el sufrimiento, todas las crisis, toda la desesperanza que impera en el mundo de hoy, como ya imperaba hace 2000 años. Primero, la pandemia; y ahora esta terrible guerra en Ucrania y todas las demás guerras en este planeta, el cambio climático y el hambre en el mundo.

¿Qué responde Felipe al dubitativo Natanael? Felipe se limita a decir: “¡Ven y ve!”. No pienses en abstracto de dónde puede venir la ayuda para el mundo ni si el mensaje que oyes aguantará tu escrutinio crítico. ¡Ven y ve! Conoce a este Jesús, ten experiencias con él. Confía en tu corazón tanto como en tu mente. No puedo explicarte por qué Jesús ha llegado a ser tan importante para mi vida, dice Felipe; ven y ve, así lo entenderás.

Entonces, Natanael conoce a Jesús. Y es una experiencia que transforma su vida. Tan fascinado queda por el espíritu de amor radical que percibe en Jesús, que acaba diciendo: “¡Rabí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el rey de Israel!”. Lo que el escéptico no puede creer desde la distancia, lo comprende cuando va y lo ve, cuando conoce a Jesús.

“Ven y ve”, queridos hermanos y hermanas, ésta es la palabra decisiva que Felipe dice a Natanael, ni más ni menos, y éstas son las palabras decisivas que Felipe nos dice también a nosotros y nosotras. Nos las dice siempre que nuestro corazón amenaza con cegarse ante lo que Dios está haciendo. Si quieren entender lo que Dios está haciendo en sus vidas, en la vida de este mundo, miren a Jesús. Vengan y vean. Él hace ver a los ciegos, hace caminar a los cojos, levanta a los débiles y da justicia a los pobres. Acoge al extranjero con los brazos abiertos, y con los excluidos se sienta a comer. Enjuga las lágrimas de los tristes y es amigo y compañero de los solitarios. Vengan y vean y comprenderán que este hombre es el Salvador. Conózcanlo y ya no estarán perdidos. A Natanael le ocurrió lo mismo. Y les está sucediendo a ustedes también. Verán cosas más grandes que éstas. Verán el cielo abierto y los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre.

Estas palabras me conmueven. Me conmueven porque anhelo tanto el cielo abierto. Anhelo tanto la esperanza en este mundo herido. Anhelo tanto la fuerza interior para hacer frente a todos estos desafíos que a veces parecen demasiado abrumadores. ¿De dónde viene?

Necesito personas como Felipe que me tomen de la mano y me digan: ¡Ven y ve! En realidad, empiezo a comprender algo. Fue gente como Felipe la que me invitó a un culto en la catedral de Ginebra. La invitación decía: ¡Ven y ve! Existe un Consejo Mundial. ¡Un Consejo Mundial de las Iglesias de Jesucristo! ¡Ven y ve! Llevan 75 años juntos. Pasaron por buenos tiempos y por tiempos difíciles. Pero Jesús nunca los ha dejado solos. Jesús siempre ha sido la piedra angular. Jesús siempre los ha llamado al arrepentimiento cuando ha sido necesario. Jesús siempre ha estado presente cuando dos o tres de ellos se reunían en su nombre. ¡Ven a ver y comprende lo que Dios está haciendo aquí!

¿Me preguntan que dónde están los ángeles?

¿Acaso no tienen ojos? ¡Vengan y vean! Miren a toda esa gente que les rodea. Puede que vengan del otro lado del mundo. Pero son sus ángeles. Dios se los ha enviado desde el cielo para que experimenten lo que

Jesús nos ha prometido: un mundo en el que todos y todas se traten con respeto, un mundo en el que todos y todas compartan hasta que ya nadie se acueste con hambre, un mundo en el que nadie que sufra se quede sin consuelo, un mundo en el que hayan cesado todas las formas de exclusión y discriminación. Vengan y vean cómo el amor de Cristo los lleva a ustedes y a los hermanos y hermanas de su entorno a la reconciliación y la unidad.

Sí, nos encontramos con Cristo cuando miramos hacia lo alto, más allá del lago de Ginebra, hacia las montañas, y disfrutamos de la presencia de Dios en su maravillosa creación. Encontramos a Cristo en lo más bajo, con el más pequeño de sus hermanos y hermanas. Y lo encontramos aquí, en la comunidad en la que nos hemos reunido en su nombre. Cristo está presente en nuestra peregrinación del CMI por la justicia, la reconciliación y la unidad. No nos dejará solos. Está entre nosotros y nosotras. Está siempre con nosotros y nosotras hasta el fin del mundo.

Y que la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guarde sus corazones y sus mentes en Cristo Jesús. Amén.